

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Odio y Disciplina

Micky Neilson

Vala percibió el fétido aroma de los muertos a más de un kilómetro de distancia.

Pese a las nubes que cubrían Khanduras, el aire se apreciaba cálido cuando la cazadora de demonios llegó a las ruinas de Holbrook. Este sitio, otrora una pequeña comunidad agrícola que luchaba por sobrevivir, era ahora un pueblo fantasma; o al menos eso parecía. El agudo hedor a putrefacción era evidencia de que los residentes aún se encontraban ahí, mas ya no entre los vivos.

Josen, el mentor de Vala, estaba en el centro de la aldea examinando una pila de escombros: mampostería regada, así como piedra y tierra removida.

Su atavío era el de un cazador de demonios. La suave luz se reflejaba débilmente en la armadura de placas que adornaba la mitad de su cuerpo. Sus ballestas gemelas pendían de sus muslos, al alcance de sus manos. No llevaba puesta la capucha y su capa se agitaba con el viento.

Vala llevaba indumentaria similar. La mayor diferencia radicaba en su bufanda oscura, la cual cubría la mitad inferior de su rostro. La hija del aserrador hizo que su caballo disminuyera la velocidad, desmontó y aguardó por un momento —en silencio e inmóvil— evaluando la situación.

Se escuchaba un murmullo persistente, si apenas discernible. Las únicas señales de vida provenían de Josen y de otros dos cazadores; uno revisaba las estructuras abandonadas y el otro se encontraba de pie cerca de un almacén decadente. Ya era demasiado tarde para remediar lo que ocurrió aquí, sólo quedaba buscar sobrevivientes. Eso era, después de todo, la segunda labor más importante que llevaba a cabo su gente: alimentar y proporcionar refugio a todos aquellos que quedaron sin hogar después de una catástrofe inconcebible. Guiarlos, exhortarlos, curarlos, educarlos y entrenarlos... para efectuar lo más importante, si así lo deseaban; convertirse en cazadores de demonios y aniquilar a los engendros infernales responsables de este tipo de actos malignos.

Josen continuó estudiando los escombros con atención en tanto que Vala se aproximaba. —Vine tan rápido como pude, —declaró mientras se descubría el rostro.

El débil murmullo continuaba. Los ojos de Josen permanecieron fijos.

—No deberíamos estar aquí, —su voz cual grava suelta. —Si Delios hubiese tenido éxito, no estaríamos aquí. —Sus ojos brillantes finalmente se clavaron en los de ella. —Dime qué es lo que ves.

Vala echó un vistazo. La madera y la mampostería eran familiares, al igual que el líquido oscuro salpicado sobre ellas. Sin embargo, había también una sustancia negra, como brea, que no reconoció.

—El pozo del pueblo, —dijo Vala. —El demonio salió de ahí... herido, dada la presencia de sangre demoníaca. Al menos Delios logró eso. Sólo espero que su muerte haya sido digna de un cazador.

Josen pateó la tierra, se encontraba húmeda bajo la superficie. —Esto ocurrió hace no más de un día... Después...

Vala aguardó a que Josen prosiguiera y, cuando no lo hizo, preguntó. —¿Después de qué?

La expresión del maestro cazador era ilegible. —Sígueme, —respondió.

Conforme se aproximaban al almacén aumentó el volumen del murmullo, convirtiéndose en un vibrante zumbido. A la par se incrementó también el hedor. El cazador que se encontraba ahí abrió las enormes puertas.

Una masa gruesa y oscura, una nube viviente de moscas, escapó. Pese a que el olor de carne en descomposición le era familiar a Vala, la potencia de su asalto casi le hizo caer de rodillas. Ella se cubrió el rostro con la bufanda y se aguantó las náuseas.

La gente del lugar se encontraba apilada en montones irregulares dentro de la estructura, la cual era del tamaño de un granero. Hombres, mujeres... muchos de ellos abotagados, con el estómago hinchado. Algunos de los cuerpos habían reventado y sus órganos se encontraban regados por el suelo. Gran cantidad de gusanos se abrían paso sobre y por las vísceras; supuraba fluido por ojos, narices y bocas. Bajo el olor de descomposición se encontraba el característico aroma de heces y cientos de moscas se aglomeraban en torno a la matanza.

Vala frunció el ceño. Las heridas, aunque brutales, no eran lo común para un ataque perpetrado por engendros infernales. Eran apuñalamientos, empalamientos, cráneos aplastados; no los jirones, desmembramientos y decapitaciones asociadas con las muertes causadas por demonios.

Josen habló. —Delios fue visto en las afueras de Bramwell hace un día. Irrumpió en un burdel, mató a todos y desapareció. Ayer por la noche hubo otra masacre, quince víctimas en un fumadero de opio asesinados por saeta y espada.

Los ojos de Vala se abrieron con incredulidad y Josen respondió a la pregunta sin formular.

—Cayó ante la corrupción demoníaca. Está perdido para nosotros, igual que cualquier otro demonio.

Espantosa situación, una que todo cazador de demonios enfrentaba al navegar la línea entre el bien y el mal. Era muy fácil para los cazadores perder la habilidad de controlar su miedo y odio y cruzar al otro lado. Sin embargo... esto no era obra de Delios, sino algo distinto. Vala ocultó su desasosiego. —Quizá, pero ningún cazador es el responsable de lo que vemos aquí, ni tampoco un demonio.

—Ciertamente.

—¿Crees que se volvieron unos contra otros?

—Es posible, —respondió Josen de manera plana antes de salir del recinto. Vala miró los cadáveres amontonados una vez más y notó algo extraño. No había niños.

Afuera, Josen aguardaba junto a su caballo y vala se apresuró a llegar hasta él. —Completé mi tarea previa, ¿qué procede?

—Continuamos la búsqueda de sobrevivientes. Al salir el sol viajaré a Bramwell y hallaré a Delios. Quizá... no es demasiado tarde para él, —mas el breve instante de duda del maestro cazador decía lo contrario.

Vala enderezó los hombros. —Iré en busca del demonio entonces.

—No —replicó Josen—, no estás lista.

Vala se acercó un poco más. —¿Perdón?

El maestro cazador se volvió hacia ella, su tono de voz uniforme. —Dije que no estás lista. Sabemos muy poco de lo que enfrentamos y de sus métodos. Creemos que es un demonio que se alimenta de terror... pero Delios también contaba con esa información y no fue suficiente para prepararle. Un demonio como éste...

Josen bajó la mirada de manera casi imperceptible. —Entrará a tu mente y sacará a la luz todo miedo, pesar y duda sin importar lo profundo que los entierres, te enfrentará contigo misma. —Los ojos del maestro cazador se clavaron en Vala.

—Recuerda tu fracaso en las ruinas.

—Eso fue algo distinto. Un demonio de furia, —protestó Vala.

—Furia, odio, miedo, uno se alimenta de otro. Un cazador de demonios aprende a dirigir su furia, pero tal equilibrio es precario. Al perderlo comienza el ciclo: el odio engendra destrucción, la destrucción engendra terror, el terror engendra odio, mientras...

—¡Lo he escuchado mil veces! —Espetó Vala.

—Entonces tenlo siempre en consideración. Aún eres joven y tienes mucho que aprender. Si algo te he enseñado es que un cazador de demonios siempre debe temprar odio con disciplina, así que tranquilízate. El demonio está herido e inactivo por el momento, enviaré a otro cazador.

Josen se dio la media vuelta para irse, pero Vala aún no terminaba.

—Iré en pos de Delios entonces.

Josen le devolvió la mirada. —Tú te quedarás y ayudarás en la búsqueda de sobrevivientes. Delios es mío, esas son mis órdenes. —El maestro cazador se alejó cabalgando con calma. Por alguna razón, eso enfureció a Vala aún más. Ella quería que Josen gritara o vociferara, que mostrara una maldita pizca de emoción.

¿No estoy lista? ¿No estoy lista? Después de todo lo que he pasado... —¿Cómo te atreves a decirme para lo que no estoy lista? —Susurró Vala.

Un instante después se encontraba sobre la silla de su caballo.

¿Hacia dónde? ¿Qué camino tomó el demonio? Vala miró la sangre entre los escombros, no había rastro que saliera de las ruinas; nada que seguir.

Al este sólo había montañas. Al oeste el Golfo de la Marca del Oeste. Lejos, al sur, se encontraba Nueva Tristram, pero el demonio estaba herido. ¿Se arriesgaría acaso a efectuar el largo viaje, o andaría hacia el noreste... donde podría hallar otras comunidades agrícolas pequeñas como ésta?

Abundancia de presas fáciles.

La aldea más próxima, Havenwood, se encontraba a menos de un día de distancia.

La elección estaba hecha.

Ellis Halstaff estaba preocupada por la salud de su hija.

Sahmantha se encontraba en cama, en la habitación de abajo. Un trapo húmedo cubría su frente y su respiración era débil.

Sahm despertó gritando la noche anterior y tomó una cantidad considerable de tiempo tranquilizarle. Cuando Ellis logró calmarla y le preguntó qué ocurría, su hija respondió “siento como si hubiera algo malo dentro de mi cabeza.”

Bellik, el curandero de Havenwood, la había visitado durante el día. Le dio un tónico a Sahm que le permitiría descansar y prescribió un baño frío cuando hubiera oportunidad.

Pero Sahm ahora se encontraba dormida y Ellis pronto tendría que alimentar a Ralyn, su hijo pequeño; aún quedaban otros pendientes antes de que cayera la noche. Era más sencillo cuando el padre de Sahm todavía se encontraba presente, antes de desaparecer sin dejar ni una nota, para no regresar nunca.

Ellis miró a Sahm y pensó en su cumpleaños más reciente, cuando la precoz niña de siete años declaró con descaro que “manejaría sus propios asuntos a partir de ahora” y que su rutina diaria excluiría los deberes. Se acordó de su risa, una sonora y desenfrenada carcajada. Rememoró aquella noche, hace menos de una semana, cuando Sahm le confió que sentía enamoramiento por el pequeño Joshua Gray; porque sus ojos eran como un bonito sueño.

Pensó en todo esto y le oró a Akarat para que Sahm se pusiera bien pronto, que tuviera muchos sueños bonitos más y que lo que fuese que le afligía ya no le aterrorizara más.

Vala se encontraba sentada frente a la hoguera con la vista perdida, a unos cuantos kilómetros de Havenwood. Se pasó un dedo de manera distraída sobre una larga cicatriz que surcaba su mandíbula.

No estás lista.

Un cazador de demonios siempre debe templar odio con disciplina.

Las palabras de Josen aún ardían, pero, mientras más pensaba en ello, más consideraba que quizá... quizá no estaba del todo errado. Sus pensamientos flotaron de vuelta al incidente en las ruinas...

Ella y Delios se habían internado en las profundidades de la zona sur de las Tierras Temibles, viajando juntos por varios días. Delios era brusco, desagradable y le crispaba los nervios. Vala prefería actuar sola, pero Josen insistió en que trabajaran como equipo.

Hallaron el escondrijo del demonio entre las ruinas perdidas de alguna civilización desconocida. Vala protegió su mente como Josen le enseñó. El maestro cazador les advirtió que, al tratarse de un demonio poderoso, la batalla sería mucho más que combate físico.

—Tú eres el arma más poderosa del demonio, —le advirtió.

Mientras ambos descendían por monolíticos bloques de piedra, Vala sintió que su agitación iba en aumento. La base de las escaleras se extendía hacia una gruta cavernosa donde surgían cientos de gigantescos pilares rocosos cuyas puntas se perdían en la oscuridad. Braseros ardientes proyectaban charcas de luz titilante.

Delios se adelantó, era imprudente y estúpido. La cabeza de Vala pulsaba, podía sentir al demonio infiltrándose en sus pensamientos. En su imaginación, la presencia demoníaca se manifestaba cual zarcillos negros que exploraban, persuadían y provocaban. Vala pensaba en cada pequeño hábito irritante y cualidad negativa que tenía Delios. Su agitación pronto se convirtió en enojo, que a su vez se transformó en furia.

Delios se adelantó una vez más, pese a que ella le había gritado que se detuviera. Éste giró, regalándole una pícara sonrisa. De súbito, Vala tuvo la certeza de que Delios había sido corrompido, cruzado la línea. Su ira bullió dando paso a furia ciega, sabía que habría de matarle, era débil y patético. Poner fin a su existencia sería un acto de misericordia.

Vala avanzó y Delios se quedó ahí parado, sonriendo de manera burlona. Ella corrió y éste rodeó un pilar. La cazadora lo siguió...

Pero ya no estaba ahí. Vala *sintió* al demonio detrás de ella, una gigantesca presencia de otro mundo. En su mente escuchó el eco de una risa. El demonio la había manipulado con la destreza de un titiritero que mueve los hilos de una marioneta. El Delios que había seguido no era real, Vala había perdido y ahora moriría.

Entonces hubo una explosión y Vala sólo recordaba buena parte de lo que ocurrió después en breves destellos: Josen luchando contra el demonio, Delios apresurándose a ayudarlo. Ella logró recuperar sus sentidos a tiempo para disparar varias saetas de su ballesta. Josen gritó palabras de destierro. —Te veo, Draxiel, perro faldero de Mefisto. ¡En nombre de todos aquellos que han sufrido, te exilio! ¡Lárgate y permanece maldito, sea que nunca regreses! Josen disparó una saeta y un brillo cegador inundó el recinto; el demonio desapareció.

Las ruinas habían sido una prueba (a Josen le gustaba decir que todo era una prueba, que la vida era eso en sí misma) y Vala había fracasado. Ahora... Delios había fracasado también y eso le costó su alma.

Vala estaba decidida a derrotar a este demonio sin correr la misma suerte que Delios...

Lo consideramos perdido, igual que cualquier otro demonio.

La hija del aserrador suprimió un escalofrío. Había más de un modo de desterrar a un demonio, pero Josen sólo le enseñó uno. También le dijo en cierta ocasión “cuando un demonio mira hacia tu interior puedes devolverle la mirada, pero es lo más peligroso que puede hacer un cazador de demonios”.

Vala no repetiría su error en las ruinas, había crecido mucho desde entonces.

La cazadora de demonios sacó de su bolsillo un grabado de Halissa, su hermana pequeña.

—Por ti, —susurró. Mientras las llamas de la hoguera se apagaban, Vala inició una serie de ejercicios mentales que le enseñó Josen.

No voy a sobrevivir, pensó Ellis Halstaff. He perdido mucha sangre.

Escapar por la puerta principal y correr hasta Havenwood no era opción, al menos no antes de llegar con Ralyn. El pequeño se encontraba indefenso. Tenía apenas un año y medio de edad y ni siquiera había aprendido a caminar bien, mucho menos defenderse.

Para subir por la escalinata se apoyó sobre el barandal con su mano sana, arrastrando su inútil pierna derecha detrás de ella; avanzando un peldaño a la vez.

Conforme sus fuerzas le abandonaban, pensó en Sahm y se preguntó desesperada por qué su hija intentaba matarla.

Después de terminar su trabajo, Ellis entró a la habitación de Sahm para ver si ésta se encontraba lista para un baño. Sahm sonrió, sacó de entre las cobijas el mejor cuchillo de trinchar que poseía Ellis y la hirió en la pierna, para luego acuchillarla repetidamente en el torso. Cinco, seis veces, quizá más. Ellis perdió preciosos latidos inmovilizada por el shock del ataque antes de reaccionar y salir corriendo.

La mente de Ellis se sentía nublada. Iba a la mitad de la escalinata cuando escuchó los veloces pasos de los pies desnudos de Sahm en el piso de abajo.

Se volvió y ahí, al fondo de las escaleras, su hermosa hija rubia se encontraba de pie, ataviada con el vestido rosa de encajes que Ellis había ahorrado para comprarle para el festival de la cosecha. La tela se encontraba salpicada de carmesí oscuro que brillaba bajo la

luz de la lámpara. Sahm sostenía el cuchillo con su mano derecha y su brazo se encontraba cubierto de sangre del codo para abajo. El líquido rojo goteaba de la punta de la hoja.

—Espera mamá, ¡aún tengo que matarte!

Piensa que es un juego, ¿cómo es posible?

Ellis retrocedió, subiendo un escalón más.

Sahm ascendió dos peldaños de un salto. —Dije, ¡ESPERA! —Resbaló en el sendero de sangre bajo sus pies, inclinándose hacia el frente. Su brazo derecho trazó un arco sobre su cabeza y clavó la hoja en el escalón que Ellis acababa de dejar.

El sonido de sus propios gritos ahogó todo el ruido mientras Ellis dio media vuelta y subió los últimos dos peldaños que la separaban del segundo piso. Se aproximó a la habitación de Ralyn con pasos desesperados, arrastrando su pierna derecha inservible.

Una vez dentro puedo atrancar la puerta y quizá entonces...

Ellis llegó al umbral y se congeló, Ralyn no estaba en su cuna. El barandal de madera se encontraba roto y había trozos de éste regados por el suelo.

El mareo era cada vez más persistente. Ellis se estiró para alcanzar el barandal roto y usarlo como apoyo. Sus miembros se sentían fríos, respondiendo con lentitud a las instrucciones de su mente.

—¡Ahí estás!

Ellis giró para ver a Sahm en la puerta. Tenía una enorme sonrisa dibujada en el rostro, del tipo que tendría al jugar rudo con papá; antes de que las dejara.

El mundo parecía tambalearse. Ellis retrocedió y agarró uno de los barrotes astillados de la cuna, un trozo de madera largo y con punta mortífera. Después de arrancarlo, lo esgrimió con mano temblorosa.

—¿Qué hiciste Sahm? ¿Qué le hiciste a tu hermano?

Sahm bajó el cuchillo. Tenía un mohín trazado en sus labios hichados, el ceño fruncido y los ojos bien abiertos y húmedos. Era la mirada que adoptaba después de hacer algo que no debía e intentaba escapar del castigo.

—¿Vas a lastimarme, mamá?

El suelo se movía como la cubierta de un barco en un mar picado. Ellis apenas estaba consciente de que su mano y la estaca se desviaban perezosamente.

—Sólo quiero saber por qué... —sollozó Ellis, su voz distante. —¿Es acaso porque estás enferma? Podemos conseguir ayuda, vayamos con Bellik y...

Ellis sintió un agudo dolor en la parte posterior de su tobillo sano, un cepo perforante que lanzó una descarga de agonía por todo su cuerpo al son de un grito.

Al mirar hacia abajo se encontró con Ralyn, en el sitio al que había gateado desde su cuna. El niño le miró con calidez y le ofreció una amplia sonrisa, sus pequeños dientes cubiertos por una capa de color rojo brillante.

El mundo se alejó con el advenimiento de la oscuridad. El brazo de Ellis perdió fuerza y su cabeza colgó hacia atrás. Felizmente, no sintió la larga hoja cuando Sahn le atravesó el pecho con ella.

Vala llegó a las afueras de Havenwood poco antes de la medianoche. No eligió la hora de llegada, pero le venía bien de cualquier forma.

No sería bienvenida en el pueblo, su gente nunca lo era. Se consideraba a los cazadores de demonios como malos augurios, heraldos de la muerte aún en los mejores días.

El aire aún se apreciaba cálido. La cazadora pasó frente a campos cubiertos de tallos de maíz segados —iluminados por la luz de la luna— así como largas extensiones de tierra donde había múltiples montones de trigo recolectado; erguidos cual soldados obedientes. La cosecha se encontraba en curso.

El sonido de agua corriente llegó a los oídos de Vala.

Un río.

La hija del aserrador sintió un tirón hueco en el estómago al pasar por ahí.

El posadero palideció al verla. Aunque se quitó la capucha y se descubrió el rostro para tranquilizarle, él respondió a sus preguntas con oraciones breves. No había problemas, nada fuera de lo ordinario, ni de lo que preocuparse. Vala le extendió una nota para el curandero del pueblo, que debería entregar al despuntar el alba: *cualquier problema, mándenme llamar.*

Al entrar a sus aposentos, Vala efectuó la revisión de rutina, tomando nota mental de varios detalles: un escaparate resistente que podía ser usado como barricada en caso de ser necesario, no había puerta que conectara con la habitación contigua, cama ubicada junto a la pared más lejana; con vista clara de la entrada. Un escritorio y una silla, así como una ventana con una altura de diez codos.

Vala se quitó su armadura de placas y sacó sus diversas armas. Colocó las ballestas gemelas, dagas, dardos, boleadoras y carcaj de saetas —poniendo especial atención a una saeta carmesí con runas en el asta— sobre la cama, al alcance de su mano. Empezó a desempacar, pero la hija del aserrador no podía sacudirse una desconcertante sensación que le agobiaba. Era como si existiese un vacío en su mente, una oquedad donde en algún momento existió conocimiento esencial.

Terminó de desempacar, se sentó en el suelo, cerró los ojos y acalló su mente. Se concentró en el ritmo de su pulso.

Lo que fuera que olvidó no regresaba, otros pensamientos la importunaron.

¿Qué tal si estaba equivocada? ¿Qué tal si desobedeció a Josen por nada?

Preocuparse no le beneficiaría en nada, decidió. El recuerdo errante regresaría a su tiempo.

Vala se sentó frente al escritorio y escribió una breve carta para su amada hermana Halissa. Le contó los detalles de su viaje y que todo marchaba bien; le dijo que la amaba y que pronto iría de visita.

Ella esperaba que así fuera. Quizá una vez que este demonio dejase de ser un problema... tal vez podría darse un tiempo.

Dobló la carta, la guardó en un sobre y luego la depositó en su bolsa de viaje.

La cazadora apagó la vela y se recostó de lado, mirando hacia la puerta. Su mente se esforzaba por recuperar aquello que sentía perdido.

Suspiró pesadamente y deseó con desesperación, como todas las noches, tener un sueño sin pesadillas relacionadas con el ataque a su aldea. Deseó, como todas las noches, poder soñar con algo bueno.

Había olvidado lo que era soñar con algo distinto de sangre y muerte.

Keghan Gray tropezó al cruzar el umbral de su granja luego de orinar en el jardín de flores. Si Seretta llegara a darse cuenta, esto no sería de su agrado, sin embargo, mantendría el pico cerrado si tenía dimensión alguna de lo que era bueno para ella. No *había* sabido tales cosas cuando se casaron, pero las aprendió con los años. A veces las lecciones eran duras pero necesarias.

La lámpara junto a la puerta se encontraba apagada... asunto que Keghan trataría con Seretta al amanecer. Un hombre podía romperse una maldita pierna al entrar a una casa a oscuras. Al cabo de tres intentos, Keghan logró encender la mecha.

Mientras avanzaba hacia la antecocina, Keghan se preguntó distraídamente dónde podría estar Rexx. Todas las noches en las que Keghan regresaba tarde de la taberna, Rexx vendría a recibirle a la puerta; con la lengua de fuera y moviendo felizmente el rabo. Claro que Rexx prefería dormir en la habitación de Joshua... Seguro estaba ahí, hecho ovillo al pie de la cama.

No había nada en la mesa de la antecocina y Keghan sintió la ira acumularse en su interior. Tensó la mandíbula y apretó los puños. Le dijo a Seretta que le dejara algo listo para la cena, no podía ser tan tonta. Keghan consideró que tal vez Joshua se comió su parte. En tal caso, el muchacho debería ser castigado severamente, como ameritaba tal situación.

Por lo pronto parecía que Keghan se vería forzado a cortar su propia carne. Después de todo, la cabalgata desde el pueblo le había abierto el apetito de manera considerable. Luego de tomar un cuchillo de la mesa Keghan caminó hacia la alacena, sosteniendo la lámpara frente a él.

Entró al cuarto enorme y oscuro. La luz de la lámpara reveló varios generosos trozos de cerdo que pendían de ganchos ubicados en la pared a su derecha. Se detuvo frente a una gruesa pata de puerco y sonrió.

Keghan se agachó para dejar la lámpara en el suelo y poder cortar una rebanada. Al hacerlo se dio cuenta de que había un charco oscuro, cual vino, en el suelo. Acercó la luz.

Sangre.

Ver esto le bajó un poco la borrachera... No debería haber sangre en el suelo ya que se destripaba y limpiaba a los puercos afuera.

El charco estaba entre sus piernas y provenía de algún punto detrás de él. Se volvió al incorporarse, alzando la lámpara; que casi soltó al dar un paso hacia atrás.

Rexx pendía de un gancho en la pared opuesta, colgado de la piel suave que constituía la parte inferior de su mandíbula. Sangre apelmazaba su pelaje y escurría por su cola. Buena parte de sus entrañas habían sido extraídas y apiladas en la esquina.

Una cálida brisa se coló en la habitación cuando alguien abrió la puerta de la alacena. La luz de la lámpara no era suficiente como para que Kegan pudiera ver quien era, así que la bajó y la alejó para permitir que sus ojos se ajustaran. Una voz llegó hasta sus oídos.

—¿Padre?

—¡Joshua! Entra rápido muchacho, ¿qué haces allá afuera?

Kegan sólo podía discernir una masa borrosa.

—¡Dije que entres! Alguien mató al perro. Haz lo que digo muchacho, ¡muévete!

Sus ojos se ajustaron lo suficiente como para ver la silueta de su hijo, de pie e inmóvil, frente a la puerta. Sostenía una guadaña de asta larga con ambas manos, su hoja curva presentaba un agudo relieve frente a la luna y las nubes.

—Pero aún es necesario segar, padre.

Kegan trastabilló unos pasos al frente, tenía la boca abierta por la sorpresa.

—¿Qué dijiste muchacho? ¿Se te ha reblandecido la mollera...?

Al cabo de unos pasos más, la luz de la lámpara se reflejó en Joshua. Su ropa de trabajo se encontraba manchada del mismo color vino que cubría el suelo.

—¿Tú hiciste esto? Mataste al perro, desgraciado inf...

Sin decir palabra, Joshua dio un paso al frente y descargó una tajada. Kegan levantó su brazo derecho para bloquear, pero el muchacho desvió la hoja hacia abajo —y a través— en el último instante; atravesando las costillas de Kegan y desgarrando sus entrañas. La hoja penetró lo suficiente como para que la punta ensangrentada sobresaliese por el otro lado.

Un gorgoteo se abrió paso por la garganta de Kegan, escapando como una sacudida a través de su boca abierta. ¡El muchacho lo había ensartado como a un maldito puerco! Pagaría por ello, pasara lo que pasara, sería castigado con severidad.

Joshua sacó la hoja, un error que Kegan aprovechó al máximo. Con un veloz movimiento, éste clavó el cuchillo de cocina hasta la empuñadura en la garganta del muchacho.

Su hijo cayó de espaldas cual piedra. Pese a la ausencia de la hoja de la guadaña, un dolor punzante ardía en el estómago a Kegan. El hombre tosió y escupió un gran chorro de sangre... luego corrió. ¡Había matado a su hijo! Lo único en lo que podía pensar era alejarse, correr tan lejos y tan rápido como pudiera. Avanzó directamente hacia los campos de maíz, sin importarle los tallos que aplastaba o quitaba del paso; tropezando, escupiendo sangre, el mareo amenazaba con derribarle en cualquier momento.

Corrió tan rápido como le permitían sus pies hasta que el dolor en su estómago le hizo caer de rodillas. Terminó en la base del espantapájaros del campo, necesitaba huír. Si tan sólo pudiera incorporarse, si pudiera llegar al pueblo; si pudiera ver a Bellik el curandero...

Keghan se agarró de los pantalones del espantapájaros, usándolo como apoyo para incorporarse. Un largo hilo de moco y sangre colgaba de su barbilla. El material bajo su puño cerrado, sin embargo, no tenía consistencia de paja.

Sangre empapaba la tela, ¿era acaso suya?

Estaba perdiendo el conocimiento. Keghan tosió con violencia, se incorporó y levantó la vista para ver la cara del espantapájaros.

Y se encontró con el rostro laxo y horrorizado de su esposa muerta.

La mañana siguiente, justo antes del amanecer, Vala se encontraba de pie junto a un cadáver cubierto por sábanas en el estudio de Bellik. La sangre que manaba de su cabeza ya había comenzado a secarse en la tela.

—¿Quién es? —Preguntó Vala.

—Durgen, el herrero. Él... Apenas podía hablar cuando llamó a mi puerta. Sólo dijo unas palabras antes de morir, pero eso fue más que suficiente.

—¿Qué dijo?

—¿Eh?

Bellik era una reliquia de hombre, delgado y encorvado, así como un tanto sordo pese a sus enormes orejas. Su inquietud en la presencia de Vala era palpable.

—Las palabras del herrero, ¿qué fueron? —Preguntó Vala, alzando la voz.

—Oh...

El curandero intentó retirar la sábana, pero se encontraba pegada por la sangre a medio secar. Bellik separó la tela de un tirón, lo que reveló a un hombre curtido. La mitad de su cabeza estaba deforme a causa de un impacto.

—Dijo, “mi muchacho me hizo esto”.

Vala guardó silencio por un largo instante, observando. Ahí estaba esa sensación una vez más, la preocupante noción de que olvidaba algo importante. Envió ese pensamiento a la parte posterior de su mente y se concentró de nuevo en la situación actual: el hombre muerto, traicionado por su propio hijo.

Se escuchó un grito en la calle, el desesperado aullido de muerte de alguien cuya vida llegaba a un final violento.

Vala se dirigió velozmente a la puerta. —Quédese aquí.

Un instante después, se encontraba en la calle iluminada por la luz previa al alba. Ahí, un muchacho —de alrededor de trece años— se encontraba de pie sobre el cuerpo de una comerciante. Sostenía un martillo de herrero cubierto de pasta roja. Lo que quedaba del cráneo de la comerciante estaba regado entre las mercaderías dispuestas sobre una manta rasgada.

Vala recordó que no había niños entre los cadáveres dentro del almacén de Holbrook y comprendió de súbito.

No había niños porque ellos eran los responsables de los asesinatos, peones siguiendo las órdenes del demonio. Por un instante, Vala se sintió tan agitada y asombrada que se encontraba desprevenida; vulnerable. Finalmente reaccionó y continuó analizando la situación. Debía actuar pronto o morir.

El grito atrajo a otros, pero Vala notó a una pequeña niña de cabello rubio, ataviada con un vestido rosa, al final de la calle. Sostenía un cuchillo con manchas carmesí en una mano y a un infante ensangrentado y de apariencia voraz con la otra. Sus ojos eran grandes y brillantes.

Se escuchó un crujido en una saliente que se encontraba encima de la posición de Vala, alguien se aproximaba. El ruido fue breve, indicador de una persona ligera.

Otro niño.

El hijo del herrero caminaba hacia Vala con una sonrisa dibujada en su boca abierta.

Dos niños más se sumaron a la reunión, un niño pequeño arrastrando una espada enfundada y una niña de mayor edad que sostenía una piedra grande con ambas manos.

Por último, apareció un muchacho de cabello rojo al que le faltaban dos dientes delanteros. Iba dando saltitos y sostenía un hacha con su mano derecha. Una pequeña multitud de cinco adultos salió a la calle también; algunos rostros se asomaron por las ventanas.

—Si no quieren salir lastimados, es mejor que se resguarden detrás de puertas cerradas, — ordenó Vala, su cabeza cubierta por su capucha.

—¡Ahora!

Los adultos obedecieron.

Bellik permaneció junto a la ventana, observando.

En algún momento hubiera considerado hermosa a la mujer, cuando aún le importaban tales cosas. Ahora sólo veía un heraldo de la muerte. Era bien sabido: la muerte seguía a los cazadores de demonios a dondequiera que iban.

La gente del pueblo regresó al interior de sus hogares, pero los niños... los niños permanecieron afuera y se preparaban para atacar. Bellik recordó las palabras del herrero...

Mi muchacho me hizo esto.

¿Qué clase de locura había en el mundo que convertía a los niños en carniceros? La mujer... la cazadora de demonios, de seguro los mataría.

Una nube de humo surgió a pies de la mujer y se expandió al instante, ocultándola. Poco después, una figura pequeña saltó hacia la bruma desde la saliente que se encontraba arriba del punto donde estaba Bellik. Conforme la nube comenzó a disiparse, un hacha pasó girando a unos cuantos centímetros del niño que había saltado.

Bellik giró la cabeza para ver a una figura incorporarse a varios metros de distancia, aún dentro de la fina neblina oscura. Era la cazadora; el humo meramente una distracción. Ella efectuó un veloz movimiento de muñeca y el pequeño niño de cabello rojo —el muchacho Travers, pensó Bellik— se agarró el cuello como si hubiese sido mordido.

El pecho de Bellik se tensó.

¡Los está matando!

Kyndal, el hijo del herrero, cargó hacia el frente, tenía los ojos saltones y surgía saliva de su boca abierta. Atacó trazando un arco amplio con el martillo. La cazadora dio un paso al frente, agarró la muñeca del muchacho y, aprovechando la inercia de su ataque, lo hizo

girar; proyectándolo contra otro niño. Éste intentaba desenfundar una espada de mucho mayor tamaño que él, Bellik no lo reconoció.

Ese muchacho cayó de espaldas. La cazadora le arrebató el martillo a Kyndal y descargó un golpe de revés. La cabeza del arma se impactó contra la mandíbula del hijo del herrero; volaron dientes. La mujer dio un paso lateral y Kyndal cayó de bruces, inconsciente. A unos cuantos metros de distancia y con la mano aún presionada contra su cuello, el muchacho Travers se desplomó.

La cazadora hizo otro rápido movimiento de muñeca, esta vez en dirección al niño que brincó de la saliente. Otro más que Bellik no reconocía, igual que el de la espada. Quizá eran visitantes de Holbrook.

Bellik apretó los puños. Afuera, dos niñas cargaron contra la mujer: Sahmantha Halstaff, quien saltaba hacia el frente —como si estuviera jugando kickbol— y agitaba una daga ensangrentada, y Bri Tunis, quien sostenía una pesada piedra encima de su cabeza.

Hace muchos años, en Caldeum, Bellik había visto acróbatas provenientes de la distante tierra de Entsteig. Daban giros, volteretas, marometas y vueltas de carro con tal facilidad que era algo increíble. El curandero se acordó de ellos al ver a la mujer saltar, hacerse ovillo, girar —sin que la pesada armadura de placas representase problema alguno— y aterrizar detrás de Sahmantha. Sus movimientos eran fugaces y borrosos, casi demasiado rápidos como para que el ojo pudiese seguirlos. Sin embargo, lo más impresionante de tal derroche de habilidad fue que, al pasar la cazadora, Sahmantha terminó atada con una delgada cuerda.

Cerca de ahí, el extraño que brincó de la saliente se colapsó, igual que el muchacho Travers.

¡Suficiente!

Bellik corrió a la puerta mientras la cazadora de demonios giró y colocó a Sahmantha junto a Bri. Sus movimientos eran imposiblemente rápidos, brazos latigueando cual bandera en un vendaval. Al terminar, las niñas se encontraban perfectamente atadas.

Ralyn, el hermano pequeño de Sahmantha, gateaba hacia el frente en un intento por hincar el diente en la pierna de la cazadora. Ella lo levantó, desenvainó su daga...

—¡No! —Gritó Bellik.

...y atravesó la parte posterior de la camisa del infante, clavando la hoja en una columna de soporte. El niño quedó suspendido, pateando y agitando los brazos sin poder causar daño. Vala se volvió y caminó hacia Bellik.

—Los niños, —exhaló.

—Están vivos, usé dardos cubiertos con un potente sedante. Se encuentran a salvo por el momento, mas sólo permanecerán así con su ayuda.

Bellik dejó de apretar los puños y colgó los hombros, aliviado.

—¿Le sorprende? —Preguntó Vala.

—Hay quienes dicen que tu gente... —Bellik miró hacia abajo.

—Dígalo, —le desafió Vala.

Bellik se armó de valor. —...no es mejor que los demonios mismos. Que sus ojos arden con Fuego Infernal y que la muerte les sigue a donde quiera que van.

Vala se acercó más a Bellik, quien dio un traspiés al retroceder.

—Se dice, curandero, que cuando un demonio mira hacia tu interior, a los rincones más profundos de tu mente, puedes devolverle la mirada si sabes cómo. Entonces únicamente verás venganza, la cacería, y tus ojos arderán con la obsesión de la misma.

El labio inferior de Bellik temblaba. —Tus ojos... no arden.

Los rasgos de Vala se suavizaron. —En efecto, mi vida no sólo se basa en la venganza. —Ella se volvió, —ahora necesito un lugar para alojar a los niños por separado.

El curandero pensó por un momento.

—Sólo contamos con una celda... pero tenemos establos para las bestias de carga. De seguro podemos usarlos.

Vala se encontraba de pie, mirando a través de la pequeña ventana con barrotes que daba al compartimiento del establo. Sahmanta estaba ahí, atada de pies y manos. Tenía la cabeza inclinada hacia el frente y su cabello rubio le cubría el rostro. Los demás niños estaban en los compartimientos restantes, dos o tres en algunos, pero Vala insistió en que mantuvieran aislada a Sahmantha.

Cuando los niños fueron transportados, una muchedumbre se arremolinó en torno a los vagones. Varios ciudadanos se pusieron violentos, encausando gran parte de su ira hacia Vala. Pero Bellik, en Bellik confiaban; fue su consejo lo que impidió la catástrofe, al menos

temporalmente. Aún ahora, la gente aguardaba fuera de los establos. Vala podía escuchar el reverberante barullo de sus lamentos y maldiciones.

Bellik acababa de hablar con ellos. —Quieren saber por qué está ocurriendo esto, ¿por qué los niños?

Vala abrió la puerta del compartimiento, entró y se arrodilló en la paja seca.

—Cierre la puerta detrás de mí.

—Pero...

—Hágalo.

Al escuchar que el cerrojo se deslizaba hasta llegar a su sitio, Vala recorrió el cabello del rostro de Sahmantha y levantó la barbilla de la niña. Tenía los ojos cerrados.

El pelo rubio, la piel clara... le recordaba tanto a Halissa. Vala pensó en el modo en que el rostro de Halissa se iluminaba cada vez que veía a su hermana mayor, en sus ojos brillantes e inquisitivos, así como en su inagotable energía.

Vala no podía mostrar debilidad ante el curandero, pero fue atravesada por una ola de náusea; una marea de tristeza y disgusto. De súbito, la cazadora se sintió exhausta tanto en cuerpo como en alma.

Recordó su aldea en la Marca del Oeste, su familia. Vala luchó contra el cauce de recuerdos que se desbordaba rápidamente. Ella no era más que una niña cuando la masacre y los destellos de ésta la seguían noche tras noche. Gritos de muertos y moribundos, sangre, una garra de demonio que iba en busca de su cuello pero le alcanzaba en la quijada; huír corriendo, la mano de Halissa en la suya, un escondite cerca del río...

Y posteriormente ser hallada por otros que sufrieron destinos similares. Conocer a los cazadores de demonios, ser entrenada por Josen y renacer como un avatar de venganza, un arma forjada para hender el corazón de la oscuridad.

Vala había estado frotándose distraídamente la cicatriz que surcaba su quijada. Se inclinó hacia Sahmantha. —Habla, demonio.

La cazadora aguardó, mas no hubo respuesta.

—No te hagas el inocente, no puedes ganar este juego. Tu única esperanza es ser enviado de regreso con tu maestro maldito y rezar para que los Infiernos te muestren misericordia, porque yo no lo haré. Ahora, dí tu nombre.

Sahmantha ni se movió.

Vala dejó de sostener la barbilla de la niña y se incorporó frente a la ventana con barrotes.

—¡Curandero! Usted preguntó si existía una razón por la cual este demonio eligió a los niños... y yo le digo que sí. Este desgraciado y patético engendro infernal escogió a los chiquillos porque es débil y éstos son vulnerables, presa fácil para la escoria que mendiga las migajas que tiran sus amos.

Bellik se encontraba en la periferia del campo de visión de Vala. El curandero la miró fijamente, tenía las cejas arqueadas.

En ese momento Vala percibió algo detrás de ella, movimiento acompañado de un sonido muy débil.

La hija del aserrador se volvió para ver a la niña parada de puntitas, la espalda arqueada y la cabeza recargada sobre uno de sus hombros... su cabello se deslizaba sobre un rostro marcado por venas prominentes y sus ojos estaban abiertos de par en par; desenfocados e inyectados de sangre. Cuando abrió la boca parecía, en un principio, tener problemas para formar palabras. Luego...

—NO ME DES LA ESPALDA, OH ORGULLOSÍSIMA.

La voz era tensión fuerte y chirriante, como una inhalación continua.

—¿BUSCAS UNA AUDIENCIA? —La cabeza de la niña latigüeo de hombro a hombro. —TAL COSA SE ENCUENTRA MÁS ALLÁ DE TU ALCANCE, SUBCRIATURA. SIN EMBARGO, ES UNA DISTRACCIÓN QUE SE ANTOJA ENTRETENIDA. LIBÉROME ENTONCES Y MIRA...

Vala desenvainó una daga. Bellik protestó, cubriéndose los oídos con las manos mientras sus labios temblaban. La cazadora pareció no darse cuenta de ello en tanto que cortaba las ataduras de Sahmantha.

Veamos pues.

La pequeña dio dos pasos cuando sus pies tocaron el suelo. Vala se hizo a un lado y la niña avanzó tambaleándose hasta llegar frente a la puerta. Su cabeza rotó, la barbilla restregándose contra el hombro, mirando fijamente con ojos vacíos.

—VEN.

—Abra la puerta, —le dijo a Bellik.

Los ojos de Bellik iban y venían entre Sahmantha y Vala. —¿Es seguro?

—No hará daño, me encargaré de ello.

Luego de un instante de duda, Bellik obedeció. La niña, pese a que tenía la barbilla pegada al pecho y su cabello colgaba de tal manera que no había modo de que viera para donde iba, avanzó sin problemas hacia el establo.

Bellik le dio espacio a la pequeña y luego, junto con Vala, siguió a la niña mientras ésta pasaba frente a los compartimientos donde yacían encerrados los demás niños. La muchacha que hacía unas horas cargaba una piedra como arma se encontraba a su derecha, agarrada de los barrotes de la puerta. Cuando habló, fue con la voz desbordante del demonio.

—SOY OLFESTOS, EL INFILTRADOR, EL PROXENETA; PASTOR DE LOS DESGRACIADOS Y DESPELLEJADOR DE LOS MALDITOS QUE SE RETUERCCEN...

Bellik miró horrorizado, cubriendo sus oídos con sus palmas en tanto que Sahmantha continuaba su avance. El niño que arrastraba la espada por la calle se acercó a una de las ventanas que se encontraban del lado opuesto y la voz prosiguió a través de su boca.

—INSTIGADOR, RECOLECTOR, CAUSANTE Y GARGANTA DEL GRITO SILENCIOSO...

Otro pequeño habló desde el compartimiento a la diestra de Sahmantha. —EL BARQUERO DE SUEÑOS PERDIDOS, ESPERANZA DESTROZADA Y DESESPERACIÓN MARCHITANTE...

En el último compartimiento apareció el hijo del herrero. Ostentaba una vacante sangrienta donde estuvieron sus dientes frontales.

—LA SIEMPRE DISPUESTA MANO DERECHA DEL TERROR, EL OJO QUE MIRA HACIA ADENTRO. SI ME CONOCES, SABES LO INDECIBLE.

Bellik permaneció cerca de Vala en lo que Sahmantha salía a la luz del sol.

La cazadora siguió a la niña, se descubrió la cabeza y se abrió paso a través de la muchedumbre aglomerada.

—¡Háganse a un lado! ¡Todos ustedes! ¡Bellik, una mano!

La gente se arremolinó, cuestionando y acusando. Bellik gritó para que la turba se quitara del paso. Sahmantha, por su parte, avanzaba con pasos tambaleantes.

Vala salió de entre la multitud antes que la niña, quien seguía adelante. Los movimientos de la pequeña eran irregulares y espasmódicos en un punto; elegantes y cuasi líquidos en otro. La madeja de gente pasó frente a las tiendas en el extremo este del pueblo.

Sahmantha apretó el paso y buena parte de la gente del pueblo se rezagó. Bellik jadeaba, su rostro estaba rojo a causa del esfuerzo.

Caminaron hasta llegar a un tramo desolado de un sendero de terracería, poco más que una vereda hacia los campos que se encontraban más adelante. Sahmantha dio un traspiés con una sección de pasto muerto, se detuvo y se volvió. Enderezó la cabeza y la voz cual vendaval del demonio retumbó una vez más.

—¿BUSCAS UNA AUDIENCIA? ENTONCES VEN...

La chiquilla sonrió con lentitud. Cuando habló nuevamente sólo se trataba de la voz de una niña; la pequeña Sahmantha Halstaff. —Podemos jugar rudo juntas.

Los ojos de la niña se cerraron sin advertencia alguna. Su cuerpo perdió fuerza y se colapsó.

Vala corrió hasta ella y se aproximó para asegurarse de que Sahmantha aún vivía. Pudo escuchar su respiración.

La mayor parte de los rezagados los alcanzó finalmente y rodearon a la cazadora de demonios. Bellik estaba cerca, controlando su respiración. Vala miró hacia arriba como si esperase que el demonio cayera del cielo.

Después miró hacia abajo y tomó nota del pasto marchito, pasando sus dedos sobre éste. Cubría una extensión de terreno considerable, se estiraba lejos y remataba en puntas. Su forma era la de un ojo gigantesco. Había manchas negras en toda la zona, evidencia clara de contaminación demoníaca.

—Curandero, ¿qué hay debajo de nosotros?

Bellik alzó las cejas. —Nada.

—Eso no es del todo cierto...

Vala y Bellik se volvieron. La voz pertenecía a un granjero rechoncho con bigote blanco y poblado.

—El río Bohsum corre justo bajo nuestros pies.

Bellik miró a Vala. No sabía si era una ilusión óptica, pero la cazadora parecía haber palidecido.

—Escuché el río cuando llegué anoche, lo escucho débilmente aún ahora.

El granjero bigotón frunció el ceño, ligeramente irritado.

—Ese no es el Bohsum real... Sino un canal creado por los colonizadores hace mucho para desviar el agua... Vaya, el Bohsum verdadero sale de las Montañas Descenso del Muerto...

El granjero se volvió y apuntó hacia el noreste.

—...y se precipita en un sumidero. De ahí se interna bajo tierra... recorre un buen trecho en las profundidades antes de surgir de nuevo, a dos días de viaje al oeste.

Vala examinó los alrededores inmediatos.

—¿No hay pozos?

—La tierra en las afueras del pueblo es lo suficientemente fértil, pero en esta zona es más dura que el hierro. Cavar el canal fue más fácil para los viejos.

Vala suspiró. —Este sumidero y el sitio donde el río vuelve a la superficie... ¿Hay otro modo de descender?

El granjero escupió. —No.

—¿Dónde está el sumidero?

El granjero hizo un gesto con la cabeza, indicando las montañas. —Como a un día pa'lla.

Bellik miró a Vala con curiosidad. —¿A-ahora qué?

La hija del aserrador se cubrió la cabeza con su capucha y barrió a la multitud con la mirada.

—Quédense aquí y permanezcan juntos, serán más fuertes de ese modo. Lleven a Sahmantha de vuelta al establo. Aten y encierren a cualquier otro niño menor de 16 veranos. —Vala miró nuevamente a Bellik.

—Y tráiganme mi caballo para que pueda ir a matar al demonio que los aqueja.

Sonaba como una tormenta.

Vala estaba de pie al borde de la cavidad a la que se precipitaba el Bohsum, tenía la mirada perdida en el remolino que formaban las aguas del sumidero. El río entraba aquí a la depresión y giraba lentamente en los bordes, pero con mayor fuerza en la zona interior; antes de desaparecer a través de la oscuridad del centro y descender hacia lo desconocido.

La brisa se sentía fresca sobre su rostro mientras la imagen del vórtice y el sonido cual vendaval hicieron que Vala recordara las semanas que siguieron al ataque a su aldea.

Vala y Halissa estaban acurrucadas para darse calor en tanto que la lluvia golpeaba la tierra. Halissa, exhausta, se había quedado dormida. Sin embargo, como muchas noches antes, la asediaban pesadillas de la masacre. Halissa se incorporó gritando y echó a correr.

Cerca de ahí fluía el río crecido. Halissa pasó corriendo demasiado cerca de la orilla y resbaló en el lodo... la pequeña extendió la mano...

Vala temía que Halissa sería arrastrada por la corriente y se perdería para siempre... al igual que las aguas que se precipitaban hacia el centro del sumidero; cual cuenca vacía.

Su corazón se encogió ante tal recuerdo, pero había agarrado la mano de Halissa. Al final, todo salió bien.

De vuelta al punto actual. La ausencia en los recuerdos de Vala era mucho más pronunciada, una nada persistente. Cualquiera que fuese la pieza faltante, la cazadora juró que carecía de importancia. Se sentía más cansada que nunca, pero pondría punto final a esto; por Halissa.

Estaba consciente de que su armadura sólo le estorbaría, así que se la quitó pieza por pieza. Guardó sus armas en una mochila que Bellik le proporcionó para tal efecto. En ella llevaba también yesca y pedernal envueltos en piel de cabra. A todo esto agregó sus boleadoras y varias saetas con punta explosiva.

Se quitó su capa y capucha y las guardó para que no le restaran movilidad dentro del agua. Una vez hecho esto, Vala se ajustó la mochila y se aproximó a la orilla de la hendidura.

Vala no podía pensar en nada más desaprensivo que un demonio que se atrevía a corromper niños. Sintió calor surgir del centro de su ser, una furia hirviente. Vaya, eso quería el demonio, ¿no?

Pensó en Delios, en su fracaso.

Un cazador de demonios siempre debe temprar odio con disciplina.

Parte de ella estaba consciente de que quizá no sobreviviría la zambullida, que las agitadas aguas la conducirían a una muerte líquida.

Vala respiró profundo y saltó.

Había una especie de caos aislado en el agitado ojo del sumidero. El mundo dio paso a la oscuridad mientras los músculos de la cazadora luchaban por discernir la orientación de su cuerpo. Su pecho ardía con el aliento que tenía guardado, e intentaba no soltar la mochila entre todo ello. Vala fue golpeada, revolcada, proyectada y sumergida cada vez más profundo y lejos; hasta llegar al punto en que el conocimiento amenazó con abandonarla por completo. La oscuridad y la ausencia de orientación espacial eran absolutas.

Vala sintió movimiento rápido y varias partes de su cuerpo se impactaron contra salientes rocosas mientras el río la arrastraba.

Y luego...

Sus dedos hallaron de donde asirse. Vala se agarró de una gruesa estalagmita mientras luchaba contra la corriente. Al sacar la cabeza del agua, inhaló tanto aire como su pecho pudiese almacenar.

Sintió con alivio el peso de la mochila en su mano. El agua en sus ojos no le permitía ver nada y su visión no se aclaró, incluso después de limpiarse el rostro con el brazo.

El aire era fresco acá abajo. Vala tanteó con el pie y se topó con una pared de roca. Su vista comenzaba a aclararse al fin, así que lanzó la mochila sobre una saliente y se arrastró fuera del furioso torrente.

La cazadora se sentó, permitiéndole a su cuerpo descansar un poco mientras examinaba sus alrededores. El área inmediata se extendía hacia lo que parecía ser una maraña de túneles y cámaras. Algas luminiscentes cubrían las paredes, estalactitas, estalagmitas, columnas rocosas y parte del techo; proporcionando un brillo fantasmagórico que obviaba la necesidad de una antorcha.

Bien, pensó Vala. Tendré ambas manos libres.

Era imposible escuchar sonidos distintos al rugir del agua, ya que éste retumbaba por toda la caverna. Vala sacó su capa —sorprendentemente seca— de la mochila y la ciñó a su alrededor para protegerse del frío. Desempacó sus armas, sintiéndose aliviada al ver la saeta carmesí. Cargó sus ballestas y se incorporó, sosteniendo una en cada mano.

Miró hacia el interior de una cueva que contaba con espinas irregulares de piedra caliza en su parte superior e inferior, cual tiburón listo a engullir a su presa, y notó una sombra que revoloteaba de un lado al otro entre la oscuridad.

Vala la persiguió y ahí fue cuando sintió el primer roce con la mente del demonio, una presencia maléfica y detestable que acechaba justo afuera de su conciencia; un lobo merodeando en el borde de un bosque oscuro.

La sensación se hizo más insistente cuando la cazadora entró a la cueva con todos los sentidos alerta. Su pulso se aceleró en gran medida.

BIENVENIDA, dijo una voz dentro de su mente. Vala avanzó hasta el final de la cueva, donde un túnel se perdía entre la oscuridad. Las algas eran mucho más escasas en las paredes de esa zona. Asimismo, había charcos de la misma sustancia negra que la cazadora encontró en el pozo de Holbrook.

Vala se arrodilló y tocó el viscoso moco con los dedos.

QUÉ PERSISTENCIA Y DESEO.

¿POR QUÉ?

EL OJO VERÁ.

Vala entró a hurtadillas al túnel con las ballestas listas. Algo se movía en el suelo, arrastrándose. Un tentáculo negro cuya piel brillaba débilmente en la tenue luz ambiental. Éste se alzaba, se estiraba y latigueaba en su dirección. Vala disparó una saeta y la cosa retrocedió, sin embargo, la ballesta no era un arma adecuada para esta tarea. Enfundó la ballesta y desenvainó una daga mientras sentía como el demonio exploraba el interior de su cabeza, un dolor sordo. Vala imaginó zarcillos negros dentro de su mente, similares al apéndice oleaginoso que acababa de atacarle.

HIJA DEL ASERRADOR.

La cazadora descargó un tajo, rebanando la punta del tentáculo cuando éste surgió hacia el frente. El apéndice se replegó con rapidez, pero la presencia demoníaca se internaba cada vez más profundo en su mente.

CONSERVAS DELICIOSOS RECUERDOS, SACO DE SANGRE. MADUROS PARA LA COSECHA.

Era como si una multitud de agujas perforasen la cabeza de Vala mientras avanzaba. En esta zona, las paredes se encontraban cubiertas de sedimento negro y aceitoso.

ALDEA, FAMILIA, AMIGOS, CALOR, REFUGIO. TIEMPOS FELICES.

LUEGO...

DEMONIOS, CUAL LANGOSTAS.

Parecía como si los muros se retorciesen, mientras más tentáculos se desenroscaban y surgían del fango. Vala enfundó su segunda ballesta, desenvainó otra daga y atacó en todas direcciones.

CORRIENDO.

COBARDE.

FAMILIA ABANDONADA A SU MUERTE.

Vala luchó contra la parte de ella que decía que eso era cierto.

Tú eres el arma más poderosa del demonio.

—¡No había nada que pudiera hacer, sino morir yo también! —Gritó Vala, dando un salto mortal e infligiendo una laceración profunda en uno de los tentáculos. —Hice lo que tenía que hacer, sobreviví.

Poco después llegó a una galería circular más grande que se extendía hacia un espacio de mayor amplitud. Contaba con un medio anillo exterior con columnas de roca, delgadas en su parte central y anchas en los extremos superior e inferior. Su cabeza retumbaba; los embates del demonio eran más fuertes.

GRITOS, MUERTE, ALDEA... PURGADA.

FAMILIA... PURGADA.

—¡No me manipularás como hiciste con Delios!

SANGRE...

SÍ, SANGRE CUAL...

RÍO.

—¡Suficiente! ¡Enfréntame y terminemos con esto!

EL OJO VE.

TE VEO.

El estruendo del agua era más lejano en esta área y Vala creyó escuchar la risita de una niña. Notó movimiento en el anillo exterior y se lanzó en pos de él.

La cámara curva condujo a otro túnel, otra vuelta y terminó rodeada por oscuridad una vez más. Sus pies emitían sonidos húmedos debido a la negra viscosidad que cubría el suelo y después... el fuerte rugido del río lo envolvió todo.

La cazadora rodeó el área en dirección al agua. Una figura, un borrón similar a una cabeza asomándose desde atrás de la columna, se hizo visible un instante y luego se desvaneció.

Vala desenfundó de nuevo sus ballestas, dobló la esquina y vio brevemente algo que parecía un niño. El engendro infernal debió haber traído a uno de los niños a este lugar... para usarlo como escudo.

La figura echó a correr y Vala fue tras ella. Se aproximaban al río y la cazadora pudo distinguir que se trataba de una niña; una niña con largo cabello rubio.

TRUENOS, LLUVIA.

La niña se detuvo y permaneció inmóvil de modo inquietante. Vala bajó la velocidad, preparada para cualquier cosa. Su corazón palpitaba con fuerza.

HERMANA.

La niña se volvió y Vala vio los rasgos de Halissa.

RÍO, CORRIENDO, MENTE DESGAJADA.

Obviamente no podía ser Halissa, pero se parecía tanto. Esta niña se encontraba pálida como la muerte misma. Su piel carcomida por el agua había comenzado a desprenderse en tiras y uno de sus ojos pendía de su cuenca.

Vala se congeló, el dolor en su cabeza insoportable. No obstante, la pared que bloqueaba el recuerdo velado desde su llegada; esa pared se estaba viniendo abajo.

Y recordó...

SÍ.

Recordó la noche en que Halissa corrió enloquecida, trastornada por completo debido a semanas de pesadillas y de vivir cual bestia; atormentada por la masacre que presenció. Vala se acordó de haberla seguido a través de la tormenta.

La pequeña niña en la cueva sonrió y un cangrejo negro estiró una tenaza entre sus labios.

Halissa resbaló y el corazón de Vala se convirtió en hielo. La niña estiró la mano y Vala la tomó...

Pero no había modo de aguantar su peso debido a la lluvia. Halissa se desvaneció al son de un grito.

LO ENTERRASTE, LO INTENTASTE; ENTERRADO MUY PROFUNDO. PERO EL OJO VE.

NADA DE SUEÑOS BONITOS PARA TI.

Vala cayó de rodillas frente a la niña en la cueva. Un tentáculo negro surgió del caudaloso río, deslizándose por el suelo cual serpiente. Se enroscó alrededor del brazo de Vala y jaló. Una de sus degas resbaló de sus fríos dedos. Ya no importaba, nada importaba.

¿POR QUÉ LOS NIÑOS? LOS NIÑOS SON ESPERANZA. SOY EL DESTRUCTOR DE ÉSTA, SOY EL TERROR DEL HOMICIDIO POR LOS AMADOS; SOY LA RABIA DE LA INOCENCIA PERDIDA.

La destrucción engendra terror, el terror engendra odio, mientras el odio engendra destrucción.

SÍ.

DELIOS. MUCHO ODIO EN ESE.

BAJO LA SUPERFICIE, UN NIÑO ASUSTADO CON DESEOS DE DESTRUIR.

Sintió la piedra raspar su piel mientras era arrastrada hasta la orilla del río.

AHORA ERES MÍA.

Sin embargo, el recuerdo faltante contaba con una pieza más.

Ella recordó la fogata.

El tentáculo la jaló bajo el agua y otro surgió y se enroscó alrededor de su brazo libre. El agua era mucho más profunda aquí. Vala cerró los ojos, aún no quería exhalar su último aliento. ¿Cuál era la pieza restante?

La fogata, los ejercicios mentales. Enterró el recuerdo de la muerte de Halissa, ¿por qué?

Recuerda.

Para que el demonio fuera a buscarlo. En su imaginación Vala percibió la infiltración como cientos de zarcillos humeantes.

Cuando un demonio mira hacia tu interior, a los rincones más profundos de tu mente, puedes devolverle la mirada si sabes cómo.

Vala imaginó que su conciencia fijaba su atención en uno de los zarcillos y lo seguía de regreso a la fuente...

¿QUÉ ES ESTO?

Es lo más peligroso que puede hacer un cazador de demonios.

Su conciencia invadió la presencia que se había asido de ella con tanta fuerza. Un maligno ojo rojo dominó su visión mental y se aproximó a ella, buscando. Los alrededores de Vala

eran un hervidero de alimañas que se arrastraban y se retorcían. Sin embargo, conforme exploraba, al aumentar su insistencia... tomaron forma.

Con súbita claridad, la cazadora comprendió lo que enfrentaba.

Los ojos de Vala se abrieron bajo el agua y ahí, en las turbias profundidades...

...ardieron cual fuego.

Yo te veo a TI.

Sintió como la presencia se retiraba de su mente, el agarre que inmovilizaba sus brazos debilitándose. Descargó un tajo con la daga que le quedaba y seccionó los tentáculos. El río amenazaba con arrastrarla... pero no esta vez. El río no le arrancaría nada más.

Olfestos ni siquiera es tu verdadero y maldito nombre.

Vala nadó hasta la superficie y clavó sus dedos en la orilla rocosa. Se impulsó para salir del río y el cadáver de Halissa, ahora con miedo dibujado en el rostro, dio un paso hacia atrás.

Te veo, Valdraxxis; soldado raso. Paria, marginado.

La niña muerta dio media vuelta y corrió.

Durante las guerras contra los Males Supremos dirigiste una campaña que fracasó. Vilpendiado y despreciado... en alguna ocasión fuiste un demonio importante en los Infiernos, mas ahora se te considera anatema aún entre tu especie.

YO...

Algo surgió de la oscuridad a la derecha de la cazadora, algo que arrastraba los pies. La cosa pudo haber sido un sapo en algún punto; deforme ahora, abotagada y con enormes ojos que emitían una tenue luz. El monstruo intentó agarrarla.

NO SERÉ NEGADO.

Vala sostuvo la daga con los dientes, metió la mano en una bolsa bajo su jubón y descubrió felizmente que sus boleadoras seguían ahí.

Lanzó una boleadora que se enredó en el brazo del anfibio. La criatura alzó el miembro hasta su rostro, mirando estúpidamente la cuerda y las esferas.

El arma estalló, vaporizando el brazo y la cabeza de la cosa. Vala esgrimió la daga y corrió tras la niña.

No era el cadáver de Halissa, sino una forma que el demonio asumió para debilitarla.

Tú eres el débil ahora, perro faldero.

Salieron más cosas de los recovecos de las paredes, cosas monstruosas. La primera avanzó lateralmente y atacó con una enorme tenaza. Vala saltó a la criatura y le clavó la daga, perforando su caparazón. Las piernas de la abominación cedieron bajo su propio peso y la cazadora desenfundó una de sus ballestas.

Otra aberración se abalanzó sobre ella. Sin detenerse, Vala disparó una saeta que despedazó algo similar a un brazo y luego otra que perforó un ojo bulboso. Iba persiguiendo al impostor que tenía la apariencia de su hermana. Vala dejó caer su daga y desenfundó su segunda ballesta.

Un largo corredor le extendió la bienvenida. Las paredes cobraron vida en tanto que cientos de insectos —cucarachas, cienpiés, escarabajos... una marea de pestilencia húmeda y resbaladiza— se lanzaron contra ella como si fuesen un ser único.

La cazadora de demonios se detuvo, apoyó una rodilla en el suelo y descargó múltiples tiros con ambas ballestas. Hubo varias explosiones pequeñas y Vala sintió el calor de las mismas en el rostro. Al disiparse las llamas, lo único que quedaba del enjambre era una pasta viscosa salpicada en las paredes. Vala aplastó a los insectos restantes cuando echó a correr hacia adelante.

Vala dobló una esquina, pero lo que vio ya no era la niña pequeña.

Era un reflejo de sí misma. La cazadora dio un paso al frente, extrayendo la saeta carmesí de entre su traje de cuero. La Vala-reflejo abrió la boca, escupiendo un fango denso y burbujeante que escurrió hasta su barbilla. Delgadas líneas de dicha sustancia surgieron de sus fosas nasales. La cicatriz en su mandíbula se abrió de par en par, exudando más de esa porquería. Sus ojos se llenaron del negro líquido y la Vala-reflejo lloró lágrimas de sangre demoníaca.

No, esa no soy yo. Esa no seré yo.

La Vala-reflejo cruzó una cámara que se encontraba en la penumbra, rodeando un enorme pilar de roca. La cazadora de demonios la siguió, con ambas ballestas listas. Rodeó el pilar, giró y apoyó una rodilla en el suelo mientras hablaba...

—Te veo, esbirro de los Infiernos Ardientes...

Decía las palabras aún mientras el demonio salía de la cámara, descargando tajos con un brazo grueso que tenía una quitinosa hoja serrada; el golpe de seguro habría decapitado a la hija del aserrador un instante atrás.

—En el nombre de todos los que han sufrido, ¡te exilio!

El demonio era una monstruosidad gigantesca. Su cuerpo era similar al de esas criaturas que existen en las profundidades del mar, ahí donde nunca llega la luz. Negros tentáculos tumescentes le servían de piernas. La parte superior de su torso se encontraba cubierto por un caparazón que hacía las veces de armadura y presentaba pequeñas salientes. La totalidad de la cosa pesadillezca estaba cubierta de una sustancia viscosa con el tono de la medianoche.

—¡Lárgate y arde, no regreses nunca!

Un gran ojo rojo con una angosta hendidura le devolvió la mirada, dicha sea cual se ensanchó cuando Vala disparó la saeta carmesí.

El proyectil se incrustó en el ojo, reventándolo cual uva. Las runas en su asta brillaron y hubo una explosión de luz.

El clima comenzaba a tornarse frío.

Vala estaba de pie con la cabeza descubierta, mirando la gran cruz de madera que marcaba la tumba de Halissa. Habían crecido varias malas hierbas desde su última visita. Las tumbas de sus padres —cuando finalmente enterró lo que quedó de ellos— también yacían ahí. Alrededor se encontraban las tumbas de todos aquellos aldeanos que fueron masacrados.

Josen se aproximó pero guardó silencio, la suave brisa agitando su capa.

Vala se arrodilló y comenzó a arrancar hierbas malas.

—Noticias de la aldea, —dijo Josen en tono uniforme e irritante, como siempre. —Todo está... tan bien como podría esperarse, dadas las circunstancias. Los niños son de nuevo ellos mismos y no recuerdan lo que hicieron... aunque muchos de ellos crecerán sin sus padres. Bellik y los demás están ofreciendo sus hogares para los huérfanos.

Vala tensó la mandíbula. —Bien.

Josen cambió ligeramente de posición. —Asimismo, los aldeanos están... agradecidos.

La hija del aserrador se incorporó, mirando a Josen de reojo al hacerlo. En la parte izquierda de su rostro había tres cortadas que aún se encontraban en proceso de sanación.

—¿Qué hay de Delios? —Preguntó Vala.

—Asunto resuelto, —respondió Josen. Vala aguardó una explicación más elaborada, pero el maestro cazador sólo la miró de modo impasivo.

—He escuchado susurros... —dijo la cazadora—, premoniciones de aquellos dotados con precognición... de que caerá una estrella en Tristram en siete días.

Josen midió a Vala con la mirada. —Y así es, se rumora que la estrella fugaz es una señal de la Profecía. Los demás han solicitado que envíe a nuestro mejor cazador a investigar.

Vala extrajo algo de entre su armadura. Transcurrió un momento de silencio, que Josen rompió al fin.

—Lo que hiciste...

—Fue una apuesta, pero funcionó.

La hija del aserrador desdobló la carta que escribió en Havenwood, se inclinó y la dejó frente a la tumba; colocando una roca encima de ella. —Te dije que vendría de visita, —susurró.

Vala se incorporó y miró a su mentor.

—Todo es una prueba, como gustas decir; la vida es una prueba. Fallé en las ruinas... pero pasé esta prueba y aprendí mucho de ella. Aprendí que en verdad podemos ser nuestro peor enemigo, sin embargo, también aprendí que no importa cuanto destruyan los demonios, no pueden aniquilar la esperanza.

El sol del ocaso se reflejó en los ojos de Vala. —Quizá desconectar tus emociones funcione para ti, pero ese no es mi sendero. Fue liberador vivir por un tiempo con la promesa de una vida distinta, vivir una mentira feliz.

Qué fácil sería regresar a vivir tal mentira, pensó Vala. Josen la evaluó con su mirada característica.

Vala prosiguió. —Fue un bonito sueño... pero, por ahora, debe permanecer como tal; un sueño.

La hija del aserrador se cubrió la cabeza con su capucha. —He vuelto, he vuelto y estoy lista... para continuar la cacería.

Vala se volvió.

—¿A dónde crees que vas? —Preguntó Josen sin expresar emoción alguna.

—Tristram. Los demás pidieron que enviaras al mejor, yo soy la mejor; voy a ir. Tienes menos de un par de latidos para intentar detenerme.

Vala aguardó con la espalda hacia el maestro cazador, luego se cubrió el rostro con su bufanda. Instantes después se alejó caminando, subió una colina y se desvaneció.

Josen se limitó a observar. Si hubiese habido un espectador, dicha persona habría presenciado una anomalía, algo que danzaba en los labios del maestro cazador; algo que se asemejaba a... una sonrisa.